

del Museo de Valladolid. Pasais de una en otra sala, y no veis más que rostros alterados de muertos, de moribundos, de endemoniados, de verdugos; y en todas partes sangre, y sangre, y sangre, tanta, que os parece verla saltar por fuera de los muros y bañarlos dentro como la Babette del Padre Bresciani en las prisiones de Nápoles. En fin, un cúmulo de dolores y de miserias capaz de llenar los hospitales de un Estado. Al principio se siente tristeza; luego repugnancia, y al fin más que repugnancia, desden contra los artistas que prostituyeron el arte de Rafael y de Murillo en tan desvergonzada manera. El cuadro más notable que ví, entre muchísimos malos, aunque tambien de un *realismo* despiadadamente español, representaba la Circuncision de Jesus, con todos los particulares más minuciosos de las cosas cortantes y de las cosas cortadas, y un círculo de espectadores inclinados é inmóviles como estudiantes de clínica quirúrgica en torno del maestro operador:

—Vámonos, vámonos,—dije á la cortés portera;— si estoy aquí otra media hora, salgo quemado ó desuartizado. ¿No hay nada más alegre que ver?

Me llevó á que viese la Ascension de Rubens, gran cuadro y de grande efecto, que estaria bien sobre un altar mayor: una Virgen majestuosa y fulgurante que sube al cielo, y á los lados, y encima y debajo, gran confusion de caras de ángeles, coronas de flores, alas blancas, gasas y rayos; todo ello oscila, hiende el aire y sube como una bandada de pájaros, por lo cual parece que de un momento á otro deba levantarse y desaparecer.

Estaba de Dios que no habia de salir del Museo con una imágen agradable delante de los ojos. La portera abrió una puerta y me dijo riendo:

—Entre V.

Entré, y me eché hácia atrás atemorizado: me pareció haber caído en un manicomio de gigantes. La vasta sala estaba llena de colosales estátuas de madera pintada, que representaban todos los actores y todos los comparsas del gran drama de la Pasion: soldados, sayones, espectadores; cada uno en la actitud requerida para su oficio; quién en ademan de azotar, quién de herir, quién de escupir (horribles semblantes horriblemente contraídos); luego las mujeres arrodilladas, Jesus tendido sobre cruz enorme, los ladrones, la escalera, los instrumentos del suplicio: todas las cosas necesarias, en suma, para representar la Pasion, como se hacia antiguamente por las plazuelas con un grupo de aquellos colosos, que debian ocupar el espacio de una casa. Tambien aquí llagas, andrajos bañados en sangre, y laceraciones espantosas.

—¿Ve V. aquel judío?—me dijo la mujer señalándome una de las estátuas, facha patibularia con la cual sueño todavía de cuando en cuando.—Aquel, en el tiempo que se hacian los Pasos fuera, hubo que quitarlo por lo feo y lo triste; el pueblo lo odiaba de muerte, y queria hacerlo pedazos; de modo que como era siempre un gran quehacer para los guardias el impedir que de la amenaza pasaran á los hechos, se decidió hacer el grupo sin él.

Hermosísima me pareció una Virgen, no sé si de

Berruguete, de Juan de Juanes, ó de Hernandez, pues hay estátuas de los tres, arrodillada, con las manos juntas y los ojos vueltos al cielo, con expresion de tan desesperado dolor, que mueve á piedad como persona viva, y lo parece, en efecto, á pocos pasos; así que, viéndola de repente, no se puede evitar una exclamacion de estupor.

—Los ingleses,—me dijo la portera (porque los cicerones refuerzan siempre sus juicios propios con los juicios de los ingleses, y alguna vez les cuelgan las mayores extravagancias),—los ingleses dicen que no le falta más que el habla.

Me acomodé gozosamente al parecer de los ingleses, dí á la portera los acostumbrados realitos, y saliendo con la cabeza llena de imágenes ensangrentadas, saludé el cielo sonriente con un sentimiento insólito de placer, como estudiante novicio al salir de la sala anatómica donde haya asistido á la primera autopsia.

Visité el hermoso palacio de la Universidad; la plaza del Campo Grande, donde la Santa Inquisicion encendia sus hogueras, que es extensa, alegre y rodeada de quince conventos; alguna iglesia adornada de pinturas famosas; y cuando comencé á notar que las imágenes de las cosas vistas se me confundian en la cabeza, me metí en el bolsillo la *Guia* y me encaminé á la Plaza Mayor. Lo mismo hice en otras ciudades: cuando la mente se cansa, obligarla todavía á la atencion por aquella pedantería de no faltarle al respeto á la *Guia*, será una linda prueba de constancia; pero perjudica al que viaja con propósi-

to de narrar despues las impresiones de lo que ha visto. Ya que no es posible retenerlo todo, vale más no confundir la memoria viva de las cosas principales con multitud de recuerdos vagos de las cosas de menos cuenta. Además de que nunca se conserva memoria agradable de una ciudad de la cual saca uno la cabeza como una olla de grillos.


Para gozar del aspecto vespertino de la ciudad, fui á dar un paseo bajo los pórticos, donde comenzaban á iluminarse las tiendas: habia allí un tropel de soldados, estudiantes y muchachas que desaparecian en los portales, daban vueltas á las columnas, se escurrian por aquí y por allá, huyendo á las manos diligentes de los perseguidores, envueltos en las anchas capas, y cuadrillas de muchachos que vagaban por la plaza llenando el aire de gritos sonoros: por todas partes corrillos de caballeros, en los cuales se oian de cuando en cuando los nombres de Serrano, de Sagasta y de Amadeo, alternados con las palabras justicia, libertad, traicion, honra de España y otras semejantes. Entré en un grandísimo café completamente lleno de estudiantes, y allí sácié, segun diria un escritor escogido, el natural apetito de viandas y bebidas. Como tuviese gran necesidad de hablar, puse los ojos en dos estudiantes que sorbian su café con leche en la mesa inmediata; y sin andarme en preámbulos, dirigí la palabra á uno de ellos: cosa naturalísima en España, donde hay seguridad de obtener siempre una respuesta cortés. Acercáronse los dos estudiantes, y de ahí los acostumbrados discursos que cada cual puede ima-

ginarse: Italia, Amadeo, Universidad, Cervantes, andaluzas, toros, Dante, viajes; un paseo, en suma, por el mapa, la historia literaria y las costumbres de ambos países; luego un vaso de vino de Málaga y un apretón de manos de amigos.

¡Oh caballeros de buena memoria, parroquianos de todos los cafés, comensales de todas las mesas redondas, vecinos de butaca en todos los teatros, compañeros de viaje en todos los caminos de hierro de España; vosotros que tantas veces, movidos de gentil piedad hacia un extranjero desconocido que recorría con ojos melancólicos el *Indicador de Ferrocarriles* ó *La Correspondencia de España*, pensando en la familia, en los amigos, en la patria lejana, le habeis ofrecido con amable espontaneidad el cigarillo, y dado principio á una conversacion que rompió el curso de sus tristes pensamientos y lo dejó sereno y alegre; yo os doy las gracias, caballeros de grata memoria, quienes quiera que fuéscis, ó carlistas, ó alfonsinos, ó amadeistas, ó liberales, os doy las gracias desde lo más profundo de mi alma, en nombre de todos los italianos que han viajado y de todos los que viajarán por vuestro querido país; y juro sobre el libro inmortal de Miguel Cervantes que cada vez que os vea acusados de ánimo feroz y de costumbres salvajes por vuestros civilizadísimos hermanos europeos, saldré en defensa vuestra con el ímpetu de un andaluz y la tenacidad de un catalán, mientras me quede voz para gritar: Viva la hospitalidad!

Pocas horas despues me hallaba en un coche del

tren que iba á Madrid, y no habia espirado aún el silbido que anunciaba la salida, cuando me di un gran golpe en la frente. Pobre de mí! era tarde; habia olvidado visitar en Valladolid la estancia donde murió Cristóbal Colon.



V.

MADRID.

De la estacion á la fonda.—Ojeada general.—En una casa de huéspedes.—Cómo se habla el castellano.—Cómo se come en Castilla; los garbanzos y el chorizo.—Cómo se bebe.—La Puerta del Sol.—El Prado.—Recoletos.—Los teatros y el Teatro.—Cuando vuelve uno á su casa; el sereno.—Conciertos.—Cafés.—La Armería Real.—El Museo Naval.—El Museo de Pintura; Goya, Ribera, Velazquez, Murillo.—El Rey D. Amadeo; sus costumbres y su situacion en Madrid.—La Reina y sus obras de caridad.—Los voluntarios de la Libertad en una gran parada.

LAS CORRIDAS DE TOROS.—Preparativos de la temporada.—El día deseado.—La Plaza vieja.—Antes de la corrida.—*Frascuelo*, *Lagartijo* y Cayetano.—Los lances de la lidia.—En los tendidos.—Qué impresion deja una corrida.—Historia y progresos del toreo.—Novilladas.—Las toreras; la Martina.—Una conversacion con *Frascuelo* en el café Imperial.

EL DOS DE MAYO.—Procesion cívico-militar.—Visita al monumento.—Cómo celebran los madrileños esta fiesta.

EL CIRCO DE SANTA BÁRBARA.—Los gallos de Calderon y de don José Diez.—Va por el negro! Va por el pardo!—*State contente, umane genti, ai tori.*

UN VIAJE AL ESCORIAL.—El Palacio.—La Iglesia.—La sacristía; el cuadro de Claudio Coello.—El Panteon.—El Museo de Pintura; la Biblioteca.—En el convento.—Los jardines.

OTRA VEZ EN MADRID.—El Congreso.—Cómo hablan los diputados españoles.—Ríos Rosas; Martos; Pi y Margall; Estéban Collantes; Gabriel Rodríguez; Castelar.—Las letras.—Literatura para los ojos y los oídos.—Literatos eminentes; Hartzenbusch; Breton de los Herreros; Zorrilla; Gayangos; Guerra; Fernan Caballero; Amador de los Ríos; Fernandez y Gonzalez.—El carácter español; sus rasgos más salientes.—Mis amigos de Madrid.—No volveré á verlos?

Era ya de día, cuando uno de mis vecinos me gritó al oído:

—Caballero!

—¿Estamos ya en Madrid?—pregunté desvelándome.

—Aún no—me respondió;—pero mire V.

Volvíme hacia la campiña y ví á lo lejos, como cosa de media milla, sobre la falda de un monte, el convento del Escorial iluminado por los primeros rayos del sol. *Le plus grand tas de granit qui existe sur la terre*, como lo llamó un viajero ilustre, no me pareció á primera vista aquel inmenso edificio que el pueblo español considera la octava maravilla de la tierra. Con todo, lancé el ¡oh! reglamentario como otros viajeros que lo veían por primera vez, reservando toda mi admiración para el día en que lo contemplase de cerca. Desde el Escorial á Madrid, el camino de hierro atraviesa una llanura árida que recuerda la de Roma.

—No ha visto V. nunca Madrid?—me preguntó el vecino.

Respondí que no.

—Parece imposible!—exclamó el buen español. Y me miró con aire de curiosidad, como diciendo para

sí: veamos qué hechura tiene un hombre que no ha visto nunca Madrid.

Luego comenzó á enumerarme las grandes cosas que habia de encontrar en él: qué paseos! qué cafés! qué teatros! qué mujeres!—Para el que tenga trescientos mil francos que tirar, no hay nada mejor que Madrid: es un gran mónstruo que vive de patrimonios. Si estuviera en el caso de V., me proporcionaría el gusto de echarle tambien el mio á la garganta.

Yo estreché con la mano mi escuálido portamonedas murmurando:

—¡Pobre mónstruo!

—Ya estamos,—gritó el español;—mire V. fuera.

Saqué la cabeza fuera de la ventanilla.

—Aquel de allá es el Palacio Real.

Ví sobre una altura una mole inmensa; pero cerré los ojos en seguida, porque me daba el sol en la cara. Todos se levantaron, y comenzó aquella acostumbrada confusion

«Di pastrani, di scialli e d'altri cenci»

que impide casi siempre la primera vista de las ciudades. El tren se detiene. Desciendo, y me hallo en una plaza llena de carruajes, en medio de ruidosa multitud: cien manos se extienden hácia mi maleta, cien bocas me atruenan los oidos. Me abro camino á codazos, me echo en un *ómnibus* lleno de gente, y andando. Se sube por una gran calle, se atraviesa una gran plaza, se enfila otra calle ancha y derecha,

se llega á la Puerta del Sol. Qué golpe de vista tan magnífico! Es una vastísima plaza semicircular rodeada de altos edificios, en la cual desembocan, como diez torrentes, diez grandes calles; y por cada calle una oleada continua y rumorosa de pueblo y carruajes; y todo cuanto se vé, proporcionado á la inmensidad del lugar: las aceras, anchas como calles; los cafés, grandes como plazas; el pilon de la fuente grande como un lago; y en todas partes muchedumbre compacta é inquieta, estrépito que ensordece, un no sé qué de alegre y de festivo en los rostros, en los gestos, en los colores, que hace casi que no os parezca extranjera ni la gente ni la ciudad, y os entra en ganas de mezclaros en aquel estrépito, de saludarlos á todos, de correr aquí y allá, más bien para reconocer cosas y personas, que para verlas por primera vez. Dejo el *ómnibus* á la puerta de una fonda; salgo en seguida; comienzo á girar por la ciudad, á la ventura. No hay allí grandes palacios, ni antiguos monumentos de arte; sino calles espaciosas, limpias, alegres, flanqueadas de casas pintadas con vivos colores, interrumpidas por plazas de mil diversas formas, casi trazadas al acaso; y en cada plaza un jardín, una fuente, una estatua. Algunas calles están en ligera pendiente; de modo que al entrar se vé en el fondo el cielo, y parece que van á parar al campo; pero llegando al punto más alto, otra larga calle se ofrece á las miradas. A cada paso, en crucijadas de cinco, seis y hasta ocho calles, y aquí un cruzar continuo de carruajes y de gente: las paredes cubiertas en largos trayectos de anun-

cios de espectáculos; en las tiendas un entrar y salir incesante; los cafés rebosando, por todas partes el bullicio de una gran ciudad. La calle de Alcalá, que es anchísima, hasta el punto de parecer una plaza casi rectangular, divide por medio á Madrid desde la Puerta del Sol hácia Oriente, y desemboca en una vasta llanura que se extiende á lo largo de todo un lado de la ciudad y que contiene jardines, paseos, plazas, teatros, circo para las corridas de toros, arcos triunfales, museos, hoteles y fuentes. Monto en un carruaje, y digo al cochero:

—Vuela!

Paso junto á la estatua de Murillo; subo de nuevo por la calle de Alcalá; enfilo la calle del Turco, donde asesinaron al general Prim; atravieso la plaza de las Córtes, en la cual se alza la estatua de Miguel Cervantes; desemboco en la Plaza Mayor, donde encendia sus hogueras la Inquisicion; vuelvo atrás, y cruzo por frente de la casa de Lope de Vega; salgo á la plaza de Oriente delante del Palacio Real, donde se eleva la estatua ecuestre de Felipe IV en el centro de un jardin rodeado por cuarenta estatuas coloradas; vuelvo hácia el centro atravesando otras calles anchas y plazas alegres y encrucijadas llenas de gente; y regreso, por fin, á la fonda diciendo que Madrid es grande, alegre, rica, populosa y simpática, y que quiero verla toda y estar allí una temporada, y gozar de ella mientras lo consientan los registros de caja y la bondad de la estacion.

Al cabo de pocos dias, un buen amigo me encon-

tró una casa de huéspedes, y fui á instalarme en ella. Estas casas de huéspedes no son otra cosa que familias que dan comida y habitacion á estudiantes, artistas y forasteros: á precios diferentes, se entiende, segun como se duerme y como se come; pero siempre más barato que en las fondas, y con la inestimable ventaja de que allí se respira un aire casero, se estrechan amistades, y es uno tratado más bien como persona de la familia, que como pupilo. La dueña de la casa era una buena señora alrededor de los cincuenta, viuda de un pintor que habia estudiado en Roma, en Florencia y en Nápoles, y conservado toda la vida recuerdos gratos y afectuosos de Italia. Ella tambien, naturalmente, sentía hácia nuestro país una simpatía vivísima, y me lo demostraba asistiendo todos los dias á mi comida y contándome vida, muerte y milagros de toda su parentela y amigos, como si yo fuera el único confidente que tuviese en Madrid. A pocos españoles oí hablar de una manera tan expedita, tan franca, ni con tal abundancia de frases, giros, comparaciones, proverbios y palabras. Los primeros dias anduve desconcertado; comprendia poco; á cada momento tenia que rogarle que repitiese lo dicho; no lograba hacerme entender siempre; comprendí, en una palabra, que estudiando la lengua por los libros habia perdido mucho tiempo en atestarme la cabeza de frases y vocablos que casi nunca son precisos en la conversacion, mientras dejaba otros muchísimos que son indispensables. Tuve pues que comenzar de nuevo á recoger, á notar; y sobre todo estar siempre con el oido atento, para sa-

car cuanto provecho pudiese de las conversaciones de la gente. Y me persuadí de esta verdad: que se puede estar diez años, treinta, cuarenta, en una ciudad extranjera; pero que si no se hace un esfuerzo desde el principio, si no se estudia de continuo durante largo tiempo, si no se está siempre, como decia Giusti, con tanto ojo abierto, ó no se aprenderá jamás á hablar la lengua, ó se hablará siempre mal. Conocí en Madrid italianos viejos que estaban en España desde su mocedad, y que hablaban el español como perros. Ya de por sí no es una lengua fácil, ni aun para nosotros los italianos: ó por mejor decir, ofrece la dificultad de las lenguas fáciles; que no es lícito hablarlas pobremente, puesto que no es indispensable hablarlas para hacerse entender. El italiano que quiera hablar español en una conversacion de gente escogida, donde todos le entenderian si hablase francés, debe justificar su atrevimiento manejando la lengua con soltura y con *dominatio*. Precisamente porque la española es mucho más afin á la nuestra que la francesa, es demasiado más difícil hablarla presto, y por decirlo así de oído, sin incurrir en despropósitos. Se cae en el italiano sin advertirlo; se altera la sintáxis á cada instante; se tiene siempre en el oído y en los lábios el idioma nativo, que nos embaraza, nos confunde, nos hace traicion. Ni es ménos dura que la francesa la pronunciacion española: la *jota* árabe, fácil de pronunciar cuando va sola, es difícilísima cuando caen dos en una palabra ó varias en una proposicion; el sonido de la *xeta*, que se pronuncia como pronuncian

los tartajosos la *ese*, no se adquiere sino despues de largo y paciente ejercicio; porque es tal, que al principio se hace desagradabilísimo, y muchos, áun sabiendo, no quieren dejarlo oír. Pero si hay una ciudad en Europa donde se pueda aprender bien la lengua del país, esta ciudad es Madrid; y lo mismo pudiera decirse de Toledo, Valladolid y Búrgos. El pueblo habla como los literatos escriben; las diferencias de pronunciacion entre la gente culta y la plebe de los arrabales son ligerísimas. Y áun aparte de aquellas cuatro ciudades, la lengua española es sin comparacion más hablada, más comun, y por lo mismo más determinada, y por consecuencia más eficaz en los periódicos, en el teatro y en la literatura popular que la lengua italiana. Hay en España dialecto valenciano, catalan, gallego, murciano, y la antiquísima lengua de las provincias Vascongadas; pero se habla español en las dos Castillas, en Aragon, Extremadura y Andalucía: esto es, en cinco grandes provincias. El equívoco que gusta en Zaragoza gusta tambien en Sevilla; la frase villanesca que da golpe en la platea de un teatro de Salamanca, obtiene el mismo efecto en un teatro de Granada. Dicen que la lengua española de nuestros dias no es ya la de Cervantes, Quevedo y Lope de Vega; que el idioma francés la ha bastardeado; que Cárlos V, si resucitase, no diria que es la lengua propia para entenderse con Dios; que Sancho Panza, en fin, no sería ni comprendido ni gustado. Por poco que haya uno metido las narices en los tugurios y teatruchos de los barrios bajos, se acomoda de mal grado á esta sentencia.

Pasando de la lengua al paladar, puesto que es poca la distancia, necesité un tanto de buena voluntad para habituarme á ciertas salsas y guisos y bazofias de la cocina española. Pero me habitué. Los franceses, que en punto á comer son quisquillosos como muchachos mal acostumbrados, dicen pestes; Alejandro Dumas afirma que ha padecido hambre en España; y un libro sobre este pais, que tengo á la vista, sostiene que los españoles no viven más que de miel, hongos, uvas y legumbres. Son tonterías. Lo mismo podrian decir de nuestra cocina: he conocido á muchos españoles que no podian ver comer macarrones sin que se les moviera el estómago. Abusan un poco de las pastas y lo graso; condimentan demasiado fuerte; pero... vamos: no tanto como para quitarle el apetito á Dumas. Son maestros, entre otras cosas, en platos dulces. Además, su puchero, el plato nacional, comido todos los dias, por todos, en todo el país, digo la verdad, lo devoraba con *rosiniana* glotonería. El puchero es, respecto al arte culinaria, lo que es respecto á la literatura una antología: hay un poco de todo, y de lo mejor. Una buena tajada de vaca hervida forma como el núcleo del plato; alrededor un ala de pollo, un pedazo de chorizo (el chorizo con prodigalidad), yerbas y pernil; encima, debajo, y en todos los intersticios, garbanzos. Los aficionados pronuncian con reverencia el nombre de garbanzos. Son una especie de *ceci*; pero más gruesos, más tiernos, más sabrosos; *ceci*, diria un extravagante, caidos de algun mundo donde á una vegetacion como la nuestra la fecundase un

sol más poderoso. Este es el puchero usual; pero cada familia lo modifica segun la bolsa: el pobre se contenta con la carne y los garbanzos; el señor le añade cien bocadillos exquisitos. En realidad es más bien una comida que un plato: por eso muchos no comen otra cosa: un buen puchero y una botella de Valdepeñas pueden bastar á cualquiera. No hablo de las naranjas, de las uvas de Málaga, de los espárragos, de las alcachofas y otras especies de legumbres y frutas, que todos saben ser en España hermosísimas y muy buenas. Esto no obstante, los españoles comen poco; y aunque en su cocina predominen la pimienta, la salsa fuerte y la carne salada; aunque coman chorizos que, como ellos dicen, levantan las piedras, beben poquísimos vino. Despues de la fruta, en vez de estarse allí haciéndole centinela á una buena botella, toman por lo comun su taza de café con leche: rara vez beben vino de mañana. Jamás he visto á un español apurar su botella en las mesas redondas de los albergues; y á mí, que la vaciaba, mirábanme con aire de estupor, como á un bebedor escandaloso. Es raro en las ciudades de España, áun los dias de fiesta, encontrar un borracho: justamente por esto, habida consideracion á la sangre fogosa y al libérrimo comercio que se hace de cuchillos y puñales, ocurren ménos riñas con heridas y muertes de lo que fuera de España se piensa.

Encontrada la casa y la cocina, no me quedó más pensamiento que el de vagar á la ventura por la ciudad, con la *Guía* en el bolsillo y el cigarro de tres cuartos en la boca,

«.....mestier facile e piano.»

Los primeros días no sabía alejarme de la Puerta del Sol: estábame allí horas y horas; y me divertía tanto, que hubiese querido pasar en ella toda la jornada. Es una plaza digna de su fama; ménos aún por la extension y la belleza, que por la gente, por la animacion, por la variedad de espectáculos que ofrece á toda hora del día. No es una plaza como las demás; es al mismo tiempo salon, paseo, teatro, academia, jardin, plaza de armas y mercado. Desde que amanece hasta la una de la noche veis allí una multitud fija, y una multitud que va y viene por las diez grandes calles que en la plaza desembocan, y un seguirse y cruzarse los carruajes que revuelve la cabeza. Acuden allá los mercaderes, los demagogos desocupados, los empleados cesantes, los viejos pensionistas, los jóvenes elegantes: allí se trafica, se habla de política, se corteja á las mujeres, se pasea, se leen los periódicos, se caza á los deudores, se dan cita los amigos, se preparan las demostraciones contra el ministerio, se acuñan las noticias falsas que hacen la vuelta de toda España, y se teje la crónica escandalosa de la ciudad. En las aceras, tan anchas que podrian pasar cuatro carruajes de frente, hay que abrirse paso á la fuerza. En el espacio de una sola losa veis un guardia civil, un vendedor de fósforos, un rentista, un pobre, un soldado, todos confundidos. Pasan grupos de estudiantes, criadas, generales, ministros, ciudadanos, toreros, señoras, vagabundos recelosos que os piden limosna

al oído para no ser descubiertos, busconas que os miran con ojos interrogativos, mujeres ligeras que os tocan en el codo: por todas partes los sombreros en alto, la sonrisa en los lábios, las manos buscando manos amigas; saludos alegres, gritos de mandaderos cargados y de quincalleros con la tienda al cuello; vocerío de vendedores de periódicos, chillidos de aguadores, cuernos de ómnibus que suenan, látigos que crugen, rumor de sables, retintín de guitarras, cantos de ciegos. Luego pasan los regimientos con sus músicas, pasa el Rey, bñase la plaza con inmensos chorros de agua que se cruzan en los aires, llegan los portadores de avisos que van anunciando espectáculos, corre la gente menuda con grandes brazadas de diarios y suplementos, sale de los ministerios un ejército de empleados, vuelven á pasar los regimientos, las tiendas se iluminan, la multitud se hace más compacta, menudean los cordazos, crece el vocerío, y llega á su colmo el movimiento. Y no es movimiento de pueblo atareado; es vivacidad de gente alegre, júbilo carnavalesco, ocio inquieto, rebullimiento, fiebre de placeres, que os acomete y os tiene allí, ú os hace dar vueltas como un aro, sin dejaros salir de la plaza: una curiosidad que no se sácia jamás, y para decirlo claro, una bendita voluntad de no hacer nada, de no pensar en nada, de oír conversaciones, de bigardear y de reír. Tal es la famosa Puerta del Sol.

Con una hora pasada allí, basta para conocer de vista, en sus varios aspectos, al pueblo de Madrid. La plebe viste como en nuestras grandes ciudades;

y los señores, si se exceptúa la capa que llevan en invierno, se atienen al figurin de París: van todos, desde el duque al escribano, desde el imberbe al viejo, lindos, perfumados, enguantados, como si acabasen de salir del tocador. Se asemejan en esto á los napolitanos: hermosas cabelleras negras, barbas cultísimas, manos y piés de mujer. Es raro ver un sombrero bajo: todos sombreros de copa; y además, bastones, cadenas, diges, alfileres, y cintas en el ojal á millares. Las señoras, si no es en ciertos dias de fiesta, visten igualmente á la francesa. Las mujeres de la clase media llevan aún la mantilla; pero el calzado antiguo de raso, la peineta, los colores vivos, el traje nacional, en una palabra, han desaparecido. Son siempre, sin embargo, aquellas mujercitas tan decantadas por sus manos de niñas y por sus piés pequeños; de cabellos negrísimos, pero de piel ántes blanca que morena; bien provistas de pechos, derechas, esbeltas, vivaces.

Para pasar revista al bello sexo de Madrid, es preciso ir al paseo del Prado, que para Madrid es lo que para Florencia las *Cascine*. El Prado, propiamente dicho, es una anchísima alameda, no muy larga, flanqueada de alamedas menores, que se extiende al oriente de la ciudad, junto al famoso jardin del Buen Retiro: limitanla por ambos extremos dos enormes fuentes de piedra, la una coronada de colosal Cibeles, cuyo carro arrastran caballos marinos, la otra de un Neptuno de igual tamaño: entrambas figuras rodeadas de abundantes juegos de agua que se cruzan y caen graciosamente con alegre murmullo. Esta gran

alameda, cercada á lo largo por uno y otro lado de millares de sillas y puestos de aguadores y naranjeros, es la parte más frecuentada del Prado, y la llaman Salon del Prado. Pero el paseo sigue más allá de la fuente de Neptuno: hay otras alamedas, otras fuentes, otras estátuas; se va por en medio de árboles y de fuentes hasta la iglesia de Nuestra Señora de Atocha, la famosa iglesia colmada de donativos por Isabel II despues del atentado del 2 de Febrero de 1852, y en la cual el rey Amadeo visitó el cadáver del general Prim. Desde allí se abraza con la vista gran extension de la desierta campiña madrileña, y las nevadas montañas del Guadarrama. Pero si el Prado es el paseo más famoso, no es el más bello ni el más grande de la ciudad. En la prolongacion del Salon, al otro lado de la fuente de Cibeles, se extiende como cosa de dos millas el paseo de Recoletos, que tiene á su derecha el vasto y alegre barrio de Salamanca, el barrio de los ricos, de los diputados y de los poetas, y á su izquierda larguísima cadena de *hoteles*, quintas, teatros y edificios nuevos pintados con vivos colores. No es un solo paseo; son diez, el uno junto al otro y el uno más lindo que el otro, con calles para los carruajes, calles para los caballos, alamedas para la gente que busca la multitud, y alamedas para los solitarios: todas divididas por interminables setos de ramaje, flanqueadas ó interrumpidas por jardines y bosquesillos, en los cuales surgen estátuas y fuentes y se internan senderos misteriosos. Los dias de fiesta se goza de un espectáculo encantador: dos procesiones

opuestas de gente, carruajes y caballos corren de un extremo á otro de sus calles; en el Prado apénas se puede dar un paso; los jardines se pueblan de millares de muchachos; suenan las músicas de los teatros diurnos; óyese en todas partes el murmurar de las fuentes, el roce de los vestidos, la gritería de los chiquillos, el ruido de los caballos; no es solo el movimiento; es el júbilo de un paseo; el lujo, el estrépito, el desórden, la alegría febril de una fiesta. La ciudad está desierta en esas horas. Al oscurecer, toda aquella multitud penetra por la gran calle de Alcalá, y entónces no se ve desde la Cibeles hasta la Puerta del Sol más que un mar de cabezas, surcado por una fila de carruajes á pérdida de vista.

Así como en cuanto á paseos, Madrid es sin duda, en lo que toca á teatros y espectáculos, una de las primeras ciudades del mundo. Además del gran teatro de la Ópera, que es vastísimo y muy rico; además del teatro Español, el teatro de la Zarzuela, el Circo de Madrid, que son todos teatros de primer órden, por amplitud, elegancia y concurso de gente, hay varios teatros menores para compañías dramáticas, compañías ecuestres, conciertos y *vaudevilles*; teatros de salon, de palcos, de galerías, grandes y pequeños, señoriles y plebeyos, para todos los bolsillos, para todos los gustos y para todas las horas de la noche. Vienen despues el Circo de gallos, la Plaza de toros, los bailes populares, los juegos: algunos dias se puede hallar hasta veinte espectáculos diversos, comenzando desde medio dia hasta poco ántes del alba. El espectáculo de la Ópera, del cual el

pueblo español es apasionadísimo, es siempre magnífico; no solamente en la estación del Carnaval, sino en todas las estaciones: cuando yo estuve en Madrid, cantaba la Fricci en el teatro de la Zarzuela y Stagno en el Circo, rodeados uno y otra de notables artistas, con orquestas excelentes y grande aparato. Los más célebres cantantes del mundo tienen á gala ir á cantar á la capital de España; los artistas son buscados y festejados; la pasión de la música es la única que puede compararse con la pasión de los toros. También el teatro de la comedia (el Español) está en gran boga. Hartzenbusch, Breton de los Herreros, Tamayo, Ventura de la Vega, Ayala, García Gutiérrez y otros muchísimos escritores dramáticos, los unos muertos, los otros vivos todavía, nombrados también fuera de España, han enriquecido el teatro moderno con gran número de comedias, que aún careciendo de aquel profundo sello nacional que inmortalizó las obras dramáticas del gran siglo de la literatura española, están llenas de calor, de gracia, de sabor literario, y son sin comparación más sanamente instructivas que las comedias francesas. Representanse las comedias modernas; pero no se olvidan las antiguas: en los aniversarios de Lope de Vega, de Calderon, de Moreto, de Tirso de Molina, de Alarcon, de Francisco de Rojas, y de los otros grandes luminaires del teatro español, se hacen con pompa solemne sus obras maestras. Los actores, sin embargo, no acaban de satisfacer á los autores: participan de los defectos de los nuestros: movimiento, grito, sollozos excesivos: muchos prefieren todavía

los nuestros, porque encuentran en ellos más variedad de cadencias y de acentos. Amen del drama y la comedia, se representa una composición propiamente española, el sainete, en la que fué maestro un D. Ramon de la Cruz: especie de farsa que por lo comun es una representación de costumbres andaluzas, con personajes del campo y del vulgo, y actores que imitan el vestir, el acento y las maneras de aquella gente con admirable maestría. Las comedias se imprimen todas, y se leen ávidamente, aún por el pueblo menudo; los nombres de los escritores son popularísimos; la literatura dramática, en una palabra, es hoy todavía, como otras veces, la más difundida y más rica.

Hay también gran pasión por la zarzuela, que se representa comunmente en el teatro á que dá nombre, y que es una composición entre comedia y melodrama, entre ópera y *vaudeville*, con agradable alternativa de prosa y verso, de recitado y de canto, de sério y de cómico: composición exclusivamente española, y muy deleitable. En otros teatros se ponen en escena comedias políticas, mezcla de canto y prosa del género de las revistas de Scalvini, farsas satíricas sobre asuntos del día, una especie de autos sacramentales, con pasajes de la Pasión de Jesucristo, en Semana Santa; y bailes y pantomimas de todo género. En los teatros pequeños se dan tres ó cuatro funciones cada noche, á hora por función, y los espectadores se renuevan de una á otra. En el de Capellanes, famosísimo, se baila todas las noches del año un *can-can* escandaloso sobre toda obscena